

Este libro es para Burghardt Bodenbug, quien con sus blandos dientes nunca podría llegar a ser un vampiro, y para Ada-Verena Gass, que domina magistralmente la mirada del vampiro y, además, para Katja, que sabe gritar “¡Ayyy, un vampiro!” de forma admirable, ¡y para todos aquellos a los que les gusta tanto como a mí leer historias de vampiros!

ANGELA SOMMER-BODENBURG



Personajes



A **Anton** le gusta leer historias emocionantes y espantosas, especialmente las de vampiros, de cuyas costumbres está totalmente al corriente.

Los **padres de Anton** no creen del todo en los vampiros. Su padre trabaja en una oficina y su madre es maestra.



Rüdiger es el pequeño vampiro desde hace al menos 150 años, y es pequeño porque se convirtió en uno de ellos cuando era niño. Anton lo conoció un día en que se encontraba solo en casa.

Anton temblaba de miedo, pero el pequeño vampiro le aseguró que ya había “comido”. Es más, le cayó muy bien después de que Rüdiger le confesara su predilección por las historias de vampiros y su temor a la oscuridad. Por si fuera poco, Rüdiger le regaló a Anton una capa, y juntos volaron hacia el cementerio y la Cripta Schlotterstein. Desde ese momento, la monótona vida de Anton se transforma y se vuelve emocionante.



Anna es la hermana de Rüdiger..., su hermana “pequeña”, como a él le gusta resaltar. Pero Anna es casi tan fuerte como Rüdiger, sólo que más valiente y decidida. También a ella le gusta leer historias espeluznantes.



Tía Dorothee es la vampira más sanguinaria de todos. Encontrarse con ella después de ponerse el sol puede resultar mortalmente peligroso.



Lumpi el Fuerte, hermano mayor de Rüdiger, es un vampiro muy irascible. Su voz, a veces grave, a veces chillona, demuestra que él se encuentra en los años de crecimiento. Lo único malo es que no saldrá nunca de este difícil estado, porque se convirtió en vampiro durante la pubertad.



Geiermeier y Schnuppermaul. El primero es el guardián del cementerio; el segundo es el jardinero. Los dos persiguen a los vampiros.



Jürgen Schwartenfeger

es psicólogo. La madre de Anton espera de él que cure a su hijo de la “obsesión” que tiene por los vampiros. Lo que ella no sabe es que el señor Schwartenfeger también siente un gran interés por ellos, ya que ha desarrollado un programa de aprendizaje para ayudar a la gente a superar sus fobias y quiere experimentarlo con algún vampiro.

Igno Rante es el primer paciente del señor Schwartenfeger que participa en el programa de aprendizaje. Anton duda que sea realmente un vampiro: Igno Rante tiene el aspecto de un vampiro, pero siempre llega a la consulta antes de la puesta del sol.



La cosa en la ventana

Era sábado: el día en que sus padres salían de casa por la noche.

—¿Adónde irán hoy? —quiso saber Anton por la tarde, cuando su madre se estaba rizando el cabello en el baño.

—Ah —dijo la madre—: primero vamos a cenar y luego, quizá, a bailar.

—¿Cómo que “quizá”? —preguntó Anton.

—No lo sabemos todavía —le dijo la madre—. ¿Acaso es tan importante para ti?

—Nooo —gruñó Anton. Prefería no confesar que quería ver la película policiaca que empezaba a las once. Pero su madre ya había sospechado.

—Anton —dijo volviéndose de tal manera que podía mirarlo fijamente a los ojos—: no querrás, por casualidad, ver la televisión...

—Pero, mamá —exclamó Anton—, ¿cómo se te puede ocurrir eso?

Afortunadamente, su madre había vuelto a la tarea de rizarse el pelo, de modo que ya no podía ver cómo el rostro de Anton se ponía colorado.

—Quizá vayamos también al cine —dijo ella—. En todo caso, no volveremos antes de medianoche.

Se había hecho de noche y Anton estaba solo en la casa. Estaba en pijama, sentado en la cama; se había subido el edredón hasta la barbilla y leía *La verdad sobre Frankenstein*. La historia sucedía en una feria anual. Un hombre con un abrigo negro ondeante acababa de salir a escena para anunciar el nacimiento del monstruo. Entonces sonó el despertador. Molesto, Anton levantó la vista de su libro. ¡Oh! ¡Ya casi son las once!, quedaba el tiempo justo para encender la televisión.

Anton saltó de la cama y prendió la tele con el control remoto. Entonces volvió a acomodarse en su edredón y esperó a que, lentamente, apareciera la imagen. Pero aún no terminaba el programa deportivo. La habitación estaba bastante lóbrega y sombría. King-Kong, en el póster de la pared, hacía una mueca horrenda que iba bien con el estado

de ánimo de Anton: se sentía salvaje y abandonado, como el único superviviente de una catástrofe marítima, naufrago en una isla del sur habitada por caníbales. Y la cama era su madriguera, suave y cálida, y si quería podía esconderse en ella y no dejarse ver. Había un montón de víveres delante de la entrada de la cueva; sólo faltaba el agua. Anton pensó con avidez en la botella de jugo de manzana que había en el refrigerador, ¡pero el camino hasta allá era largo, a través del oscuro pasillo! ¿Debería regresar nadando al barco, pasando al lado de los tiburones sedientos de sangre que sólo esperaban a sus víctimas? ¡¡Uyyy!! Pero ¿no morían los naufragos mucho más por la sed que por el hambre?

Por tanto, se puso en marcha. ¡Odiaba el pasillo, con la lámpara eternamente rota que nadie reparaba! ¡Odiaba los abrigos que se balanceaban en el armario y que parecían ahogados! Y ahora le daba miedo incluso la liebre disecada del cuarto de trabajo de su madre, a pesar de que otras veces a él le encantaba asustar con ella a otros niños.

Finalmente había llegado a la cocina. Sacó del refrigerador la botella de jugo de manzana y cortó una gruesa rebanada de queso. Mientras, escuchaba

con atención por si había comenzado la película policiaca. Oyó una voz de mujer. Probablemente la de la presentadora que anunciaba el comienzo de la película. Anton se puso la botella bajo el brazo y echó a correr.

Pero no llegó lejos, porque cuando ya estaba en el pasillo, de repente advirtió que había algo que no estaba bien. Se quedó parado y escuchó atentamente... y de pronto supo lo que era: ¡ya no oía la voz de la televisión! Eso sólo podía significar una cosa: ¡alguien debía de haberse colado en su habitación y había apagado la televisión!

Anton notó cómo el corazón le daba un salto y después le latía como loco. Y desde el estómago le subía un extraño hormigueo que se le quedaba en la garganta. Ante él surgieron imágenes horrosas: ¡imágenes de hombres con medias en la cabeza, con cuchillos y pistolas, que se introducían de noche en casas abandonadas para saquearlas y que tiraban al suelo lo que se interponía en su camino! La ventana de la habitación estaba abierta, recordó Anton. El ladrón podía, pues, haber trepado desde el balcón de los vecinos.



De repente se oyó un ruido: la botella de jugo de manzana se le había caído y había rodado por el pasillo justo hasta la puerta de la habitación. Anton contuvo la respiración y esperó... pero no pasó nada. ¿Acaso lo del ladrón eran sólo figuraciones tuyas? Pero entonces ¿por qué ya no funcionaba la televisión?

Levantó la botella y abrió cautelosamente la puerta de su habitación. Hasta su nariz llegó un olor curioso, raro, como el del moho, o como si se hubiera quemado algo. ¿Vendría de la televisión? La desenchufó rápidamente. Probablemente se habían quemado los cables.

Entonces, Anton oyó un extraño crujido que parecía venir de la ventana. Y de pronto creyó ver detrás de las cortinas una sombra que se perfilaba en la clara luz de la luna. Muy lentamente, con las rodillas temblándole, se aproximó de puntitas. El extraño olor se hizo más fuerte; olía como si alguien hubiera quemado una caja de cerillos entera. También el crujido se hizo más fuerte. De repente, Anton se quedó parado como si hubiera echado raíces: en el alféizar de la ventana, delante de las cortinas que se agitaban con la corriente de aire, estaba sentado

alguien que lo miraba fijamente. Tenía un aspecto tan horrible que Anton pensó que moriría. Dos ojos pequeños e inyectados de sangre relampagueaban frente a él, enmarcados por un rostro blanco como la cal; una cabellera peluda le colgaba en largos mechones hasta una capa negra y sucia.

La gigantesca boca, roja como la sangre, se abría y se cerraba, y los dientes, que eran extraordinariamente blancos y afilados como puñales, entrechocaban con un rechinado atroz. A Anton se le erizó el pelo y se le detuvo la sangre en las venas. ¡La cosa de la ventana era peor que King-Kong, peor que

